

ANDREA FREDIANI

• DICTATOR III •

EL TRIUNFO
DE
JULIO
CÉSAR



ESPASA

ANDREA FREDIANI

EL TRIUNFO DE JULIO CÉSAR
DICTATOR III

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale


ESPASA

Título original: *Il trionfo di Cesare*

© Andrea Frediani, 2021

Publicado de acuerdo con MalaTesta Lit. Agency y The Ella Sher Lit. Agency

© por la traducción, Juan Carlos Gentile Vitale, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-670-7153-5

Depósito legal: B. 17.022-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

César, aunque tantas veces vencedor, sintió una alegría increíble por esta victoria, porque había llevado a cabo con mucha rapidez una guerra grandísima. Y tanto más se alegraba ante el recuerdo del imprevisto peligro, ya que de una difícilísima situación había llegado a una fácil victoria.

ANÓNIMO, *La guerra alejandrina*, 77, 1

ZELA, PONTO, 2 DE AGOSTO DEL 47 A. C.
(FINALES DE PRIMAVERA)*

—¡Masacradlos a todos! ¡A todos!

La guardia germánica de César se quedó desconcertada ante el curioso contraste que había entre las feroces palabras del dictador y su expresión burlesca, casi

* Las fechas citadas son las anteriores a la reforma del calendario, promovida por César en el 45 a. C. Hasta entonces, reproduzco entre paréntesis a qué estación corresponde, para que el lector pueda ubicar el período del año en que nos encontramos.

divertida. Se miraron, sonrieron también ellos y luego cabalgaron hacia el ejército pónico en derrota, que remontaba fatigosamente la colina en dirección a su campamento.

César no los siguió con la mirada. Sus ojos se detuvieron en los restos de uno de los carros falcados de Farnaces, el soberano que había sido tan necio como para pensar que podía sorprender a los legionarios que se afanaban en fortificar una avanzadilla. La cuadriga, de la cual aún sobresalían las temibles cuchillas, había aterrorizado y luego matado a varios soldados, antes de que su auriga fuera golpeado y los cuatro caballos comenzasen a cojear en su loca carrera sobre el terreno escarpado de la colina.

Algunos legionarios piadosos habían liquidado a las pobres bestias a golpes de jabalina. Sus cuerpos yacían recostados sobre los salientes de roca y los cadáveres de romanos y pónicos que previamente habían arrollado. César esperaba que sus hombres no fueran tan piadosos con sus adversarios: se le ocurrían una infinidad de motivos por los que Farnaces debía pagarlo caro. Para empezar, el rey del Ponto le había arrebatado su merecido reposo en Egipto: un reposo al que tenía todo el derecho, después de quince años de diligente actividad por la gloria de Roma, y antes de acabar con los últimos enemigos de la República y reformar el Estado. Lo había obligado a dejar a toda prisa a la única mujer, desde los tiempos de Servilia, capaz de satisfacerlo física y mentalmente.

Cleopatra.

Además, Farnaces no era un hombre del que uno pudiera fiarse. No se había alineado ni con él ni con Pom-

peyo durante la campaña de Dirraquio * y Farsala. Por el contrario, había aprovechado la ausencia de los otros soberanos orientales, enzarzados en la guerra civil, para apropiarse de sus territorios. Incluso, alentado por las dificultades en las que se debatía César en Egipto en los meses siguientes a la muerte de Pompeyo, había atacado las legiones del legado Cneo Domicio Calvino, derrotándolas en Nicópolis. Y, después, había penetrado en la provincia de Asia y saqueado y destruido la ciudad, castRANDO a jóvenes romanos y violando a muchachas con una ferocidad que ahora hacía imposible cualquier clemencia hacia él.

Es más, pensándolo bien...

—¡Estafeta! —César reclamó la atención de un enlace en los alrededores—. Alcanza la primera línea y di a los centuriones que dejen a algunos con vida, pero que los castren...

Ya iba siendo hora de acabar con el asunto de la clemencia. Había demostrado durante la guerra civil, una y otra vez, que sabía perdonar. Y habría perdonado incluso a Pompeyo, si no le hubieran ofrecido su cabeza, ya cortada por los lúgubres cortesanos de aquel faraón-niño al que había hecho enviar al fondo del Nilo.

Su fama de hombre clemente, una vez adquirida y consolidada, no disminuiría si reservaba únicamente el perdón a aquellos que se lo merecían. O que podían serle útiles. Pero había también personajes incontrolables como Farnaces, enemigos reincidentes como aquellos a los que había indultado en Hispania, adversarios políticos impulsados por un odio inveterado hacia él, como

* Dürres.

Catón..., todos ellos seres a los que había que volver inofensivos de una vez por todas.

César tenía cincuenta y tres años, y aún no sabía cuánto tiempo le quedaba para reformar el Estado y entregar su nombre a la posteridad. Dudaba si había hecho lo suficiente como para ser considerado el más grande de todos. Y para mantenerse a salvo de la comparación con cualquiera que, en el futuro, pudiera hacer tales gestas como para superarlo. Muchos podrían incluso poner en duda que fuera más grande que el mismo Pompeyo, que Escipión el Africano, que Furio Camilo. Además, resultaba evidente que estaba aún lejos de la gloria conquistada por Alejandro Magno.

Y César no debía ser el segundo de nadie.

De nadie.

La pacificación de la Hispania oriental como propretor. Trescientas ciudades conquistadas en las Galias, setecientas tribus entre el Rhenus, el Océano y el Liger,* y un territorio mucho más grande que toda la península Itálica sometido al dominio de Roma como procónsul. Una victoria tras otra contra los lugartenientes de Pompeyo, al que los romanos, hasta entonces, habían estimado el más grande, como para añadir Magno a su nombre. Y también un gran triunfo campal contra el propio Pompeyo, a pesar de la evidente disparidad numérica. El éxito, en condiciones difíciles, en la guerra civil que ensangrentaba Egipto y que lo había apartado de la influencia de Roma. Y ahora, una fulminante victoria contra el hijo de Mitrídates Eupator, el soberano que había unido a nada menos que a tres generaciones

* Loira.

de caudillos romanos, de Sila a Lúculo y al mismo Pompeyo.

¿Habría sido suficiente?

Quizá. O quizá no. En todo caso, César no tenía la intención de arriesgarse a que alguien, en el futuro, le disputase la supremacía absoluta entre los más grandes conquistadores de todos los tiempos. Y también entre los más grandes jefes de Estado. Sabía que aún tendría que trabajar mucho para erradicar la resistencia de sus adversarios políticos y eliminar cualquier eventual competencia también por la inmortalidad. La oposición se había concentrado en África, y era allí donde lo esperaba la siguiente campaña. Y la República..., la República debía ser reformada completamente, si se quería garantizar su supervivencia.

Solo él lo había entendido, entre los muchos que tenían la responsabilidad de los asuntos públicos. Él, precisamente él, había pagado el precio de un sistema que embridaba el talento y la determinación de los mejores hombres y desperdiciaba los recursos del Estado en luchas fratricidas cada vez más frecuentes. Era un sistema que aseguraba la alternancia entre los mediocres, garantizando y perpetuando los privilegios de quienes, gracias a su cuna, componían la clase dirigente. Y no estaba en condiciones de asegurar la paz ni la prosperidad, ni daba a hombres extraordinarios como Mario, Sila, César, la posibilidad de poner en práctica todas sus habilidades por el bien del Estado.

Las ataduras y los vínculos que la Constitución imponía estaban llevando a Roma a la ruina. Más de medio siglo de guerras civiles y conflictos sociales no había sido suficiente para hacer entender a obtusos conserva-

dores como Catón que, si se continuaba así, el imperio de Roma se disolvería, la Urbe se transformaría en un campo de batalla entre facciones y, un día, un Farnaces un poco más hábil que el que ahora huía ante sus tropas aprovecharía la situación para arrebatarse al Estado todos sus territorios. ¿Era posible que solo él se diera cuenta? ¿Era posible que los senadores se dividieran solo en adversarios de su visión y defensores de su política por mero temor o conveniencia?

Si solo lo hubieran dejado hacer... Habría garantizado la estabilidad política y asegurado la meritocracia como modo de salvar el destino del Estado. Y a todos aquellos soldados que se habían enfrentado en combates fratricidas en Ilerda,* en Dirraquio, en Farsala, en el Adriático, los habría empleado para mayor gloria de Roma. En la conquista del imperio parto, acaso, para vengar la derrota de Craso en Carras y la pérdida de las enseñas sagradas, llenando otra vez las arcas del Estado con las enormes riquezas de Partia... y asegurándose una gloria imperecedera igual, si no superior, a la de Alejandro Magno.

César observó lo que quedaba del carro y del efímero poder de Farnaces. Había hoces por doquier en aquel vehículo que, por un instante, había dado al rey del Ponto la ilusión de tener a los romanos bajo su dominio. Hoces a la altura del timón, hoces a la altura del yugo, una hacia arriba, otra hacia abajo. Y hoces en los ejes de las ruedas. Al principio, debía reconocerlo, se había quedado impresionado también él. Los legionarios, sorprendidos por el ataque de Farnaces mientras levanta-

* Lérida.

ban el terraplén, inicialmente no habían sabido oponer resistencia y acabaron sucumbiendo a la carga enemiga. Los había visto segados por las cuchillas vueltas hacia arriba, sus cadáveres removidos por aquellas vueltas hacia abajo. Soldados troceados, descuartizados, martirizados como nunca había visto en el pasado, en las batallas libradas contra adversarios armados solo con espadas y lanzas. Había realmente temido que sus hombres fueran desbaratados.

Y si no hubiera sido por el millar de veteranos de la VI legión, los únicos supervivientes de la unidad después de la guerra de Egipto, quizá habría sido él quien habría tenido que mostrar la espalda al enemigo, y no al revés. La VI se había dispuesto rápidamente en el ala derecha, había detenido el empuje de los póntricos y los había rechazado pendiente abajo. Su ejemplo había dado valor a las otras dos legiones, las chapuceras unidades constituidas por el desleal Deyótaro de Galacia. En poco tiempo, todo el frente se había transformado en una única línea cohesionada, contra la cual el ataque pónico chocó miserablemente. En apenas unos segundos, la iniciativa había pasado a los romanos, que se vieron impulsados a contraatacar inmediatamente impulsados por el favor de la pendiente.

Había ido bien, considerando las circunstancias. El dictador se había dejado sorprender justo porque consideró que sería una locura un ataque cuesta arriba, pero también porque se había enfrentado al hijo de Mitrídates Eupator con una legión diezmada y dos de matriz oriental, poco fiables como su rey, un antiguo pompeyano. También esta vez, sin embargo, los dioses le habían mostrado su favor, se dijo César: otro general no tan fa-

vorecido por la Fortuna habría sido juzgado un perfecto imbécil por haberse puesto en peligro de ese modo.

En el futuro, debía acordarse de no confiar demasiado en la ayuda de los dioses. Quizá la ociosidad egipcia y los amorosos cuidados de Cleopatra habían conseguido que relajase su atención. O quizá la excesiva confianza en sí mismo, herencia de tantas victorias, lo inducía a subestimar los riesgos. Y los dioses también pueden castigar a los soberbios.

Con los seguidores de Pompeyo que lo esperaban en África no debería ocurrir.

Pero, mientras tanto, no podía más que complacerse del ataque de Farnaces. Al final, el papel de imbécil lo había hecho precisamente el rey del Ponto, y no los romanos, y sus soldados habían resultado ser unos ineptos. Se complació al ver a los propios legionarios subiendo por la pendiente contraria y provocando estragos entre los adversarios sin ninguna oposición. Aquel necio le había dado la posibilidad de añadir otro continente al triunfo que ciertamente habría celebrado al término de las guerras civiles, y que sus adversarios políticos le habían negado desde los tiempos de la propretura en Hispania.

Porque no se es el más grande de todos si no se celebra un triunfo. Y, ahora, él habría celebrado ya cuatro triunfos: uno más que Pompeyo. Triunfo sobre las Galias, sobre Egipto, y ahora sobre Asia, gracias a una victoria obtenida con el mínimo esfuerzo, en pocas horas y solo después de cinco días de su llegada al Ponto. Y luego aún estaba África: mientras aquel sanguinario rey nómada, Juba, apoyara a sus enemigos, podría hacer pasar la próxima campaña como una guerra contra un enemigo extranjero...

Su ceremonia triunfal habría hecho olvidar la última de Pompeyo, de la cual aún se hablaba después de casi quince años. César se había repetido centenares de veces el epígrafe hecho grabar por su antiguo yerno, para estar seguro de superarlo cuando le llegara su turno: «Con una única guerra liberó al mar de los piratas y eliminó al más grande de los reyes. Entabló batalla en la guerra pónica y además luchó contra los cólquidas, los albanos, los íberos, los armenios, los medos, los árabes, los judíos y los otros pueblos orientales, llevando los confines del Imperio romano hasta Egipto». Ridículo. ¿Cólquidas? ¿Albanos? ¿Íberos? ¿Y quiénes eran, por Júpiter? Qué valor bélico podían tener semejantes pueblos si se comparaban con el poderío de los belgas, los britanos y los germanos, los tréveros y los helvecios, solo para citar algunas de las infinitas tribus gálicas a las que había sometido...

El más grande de los reyes... Mitrídates. Precisamente ahora estaba viendo qué clase de soldados eran aquellos contra los que Pompeyo se jactaba de haber obtenido su mayor victoria. Los había visto soltar las armas a la primera dificultad y dar la espalda a los legionarios, y ahora observaba sus dorsos ofrecidos como fácil blanco.

Pompeyo se había jactado de haber conquistado mil quinientas treinta y ocho ciudades y sometido a más de doce millones de seres humanos, además de haber duplicado el tesoro de Roma. En aquel tiempo, César se había congratulado con él y lo había secundado porque necesitaba su alianza, pero nunca había creído de veras en aquellas cifras, demasiado absurdas para ser ciertas. Y en su fuero interno había ironizado sobre la gigantografía del mundo que el conquistador había hecho desfi-

lar en el cortejo, representando los propios triunfos como otras tantas victorias en diferentes continentes, África, Europa y Asia.

Pero ¿qué había sido su victoria en África, sino un premio inmerecido que le había asignado Sila para ganarse sus favores? ¿Y sus éxitos en Hispania, donde se había limitado a rastrear los restos del ejército de esclavos de Espartaco, ya desbaratado por Craso? ¿Y los de Asia, donde no había hecho más que recoger los frutos de las victorias de su predecesor, Lúculo?

¿Qué eran esos modestos éxitos comparados con la conquista de todas las Galias? ¿O las breves campañas de Pompeyo, frente a una década de victorias? ¿Y qué era el orgullo de haber sido el romano que más se había adentrado en Oriente, siguiendo las huellas de Alejandro Magno, frente al mérito de haber sido el único general romano en alcanzar la Britania y penetrar en Germania?

Y además, él había batido a Pompeyo, incluso en inferioridad numérica. Si esto no era suficiente para atestiguar su superioridad sobre aquel que, hasta entonces, había sido considerado el más grande de los romanos, no veía verdaderamente qué más habría debido hacer. Le disgustaba que su antiguo yerno hubiera muerto, al menos porque, vivo, habría podido reconocer la derrota y así admitir la supremacía del propio adversario.

Sí, los triunfos de César habrían eliminado cualquier duda, también la de aquellos más obstinados, que no habían estado presentes en sus victorias y solo podían vivirlas a través de testimonios. Si Pompeyo había triunfado sobre tres continentes, él triunfaría sobre cuatro. Si Pompeyo había exhibido ochocientas naves capturadas

a los enemigos, él recrearía las batallas vencidas, excavando estanques en Roma para instalar en ellos unas nauumaquias. Si Pompeyo había duplicado el tesoro de Roma, él directamente lo triplicaría. Si Pompeyo había hecho desfilar un largo cortejo de prisioneros, él exhibiría uno aún más largo.

Y si Pompeyo había exhibido un rey, el de los judíos, él exhibiría dos: Vercingétorix, mantenido con vida durante un quinquenio precisamente para el triunfo, y Arsinoe, la hermana de Cleopatra, que había sido reina. Y acaso un tercero, el nómada Juba, si conseguía capturarlo...

—¡César!

Un grito lo sacudió de sus pensamientos.

—¡Aulo Ircio! ¡Por fin estás aquí! —dijo César extendiendo los brazos y caminando hacia el puñado de jinetes que llegaba de la retaguardia. Eran la escolta de su ayudante, del cual se había separado después de la victoria de Farsala sobre los pompeyanos. Ircio había vuelto a Italia con Marco Antonio, para ocuparse de la instalación de las tropas en territorio itálico y en la misma Urbe: un encargo para el cual César había estimado que su primo Antonio, impulsivo y arrogante, iba a necesitar ayuda. Y había considerado que Ircio, agudo analista y organizador, era el más idóneo para el cargo.

Acuartelar tropas en Italia, poniendo en riesgo los latifundios de los senadores, era una tarea complicada. Aún lo era más que los romanos aceptasen la presencia de soldados en la ciudad. Por el prestigio del que gozaba en el ejército, Antonio era el único que podía ocupar el cargo de *magister equitum*, el segundo del dictador, y además por un período más largo del semestre establecido por la ley. Pero tenía necesidad de colaboradores

que limitaran sus excesos, que pusieran remedio a sus distracciones y reparasen los daños provocados por su escasa diplomacia. Aulo Ircio era uno de ellos. El otro era Asinio Polión, un amigo al que César tenía en gran consideración.

Ambos eran hábiles escritores, y del primero César se había valido para los comentarios de las guerras gálicas, en particular para el último libro, cuya redacción, al igual que la del primero, había sido confiada a Ircio. Polión, en cambio, tenía ambiciones más de historiador que de biógrafo, no era útil para su caso.

En Egipto, al principio, César no había esperado tener que realizar empresas tales como para ser transmitidas a la posteridad. Y, en cambio, se había encontrado en medio de una guerra civil; sufrió todo tipo de asedios y se vio obligado a participar en importantes batallas campales. Se había tratado, en resumen, de una verdadera campaña que le habría hecho merecedor de un triunfo, por lo que añoró la presencia de Ircio, que le habría facilitado la redacción de un comentario. Durante su descanso a lo largo del Nilo, terminada la guerra, se había decidido a reclamarlo para entregarle los diversos informes, con el objetivo de que extrajese de ellos una obra unitaria. Y ahora, a la guerra combatida en Alejandría se añadía esta nueva y rápida campaña en el Ponto: un trabajo más para el asistente.

Pero este no parecía haber venido hasta allí, desde Italia, para escribir.

Para no faltar al respeto al dictador, Ircio bajó del caballo. Estaba visiblemente agitado.

—¡César! ¡Con todo lo que está ocurriendo nos falta este loco de Farnaces! Pero ¿cómo has podido aceptar batalla con media legión de romanos y dos legiones de gálatas?

—Es una suerte que me hayan atacado, en cambio. Me han ofrecido la posibilidad de ganarme una de las victorias más fáciles y baratas de mi carrera —dijo César, estrechándole la mano.

Ircio se relajó, pero no demasiado. Miró a su alrededor, como para encontrar confirmación a las palabras del dictador; luego volvió a hablar en tono quejoso, incluso excitado. Algo muy característico en él, por otra parte.

—César, las cosas no van bien, en ninguna parte. Si tardas más en regresar, perderás todo aquello por lo que has trabajado...

—Infórmame.

César volvió a observar la colina donde se estaba consumando la masacre de las tropas de Farnaces. Pero era todo oídos.

—Casi no sabría por dónde empezar... El hecho es que en Italia la situación ha escapado del control de Marco Antonio.

Aulo Ircio siempre parecía contento cuando podía hablar mal de un colaborador de César. Hubo un tiempo en que había ambicionado ser insustituible y detestaba a cualquiera que fuera más útil que él a su comandante. Y más que a ningún otro había detestado a Tito Labieno, el hombre que se había hecho de veras insustituible en las guerras gálicas.

Hasta que lo había traicionado, pasándose del lado de los pompeyanos.

—Hay una guerrilla urbana en Roma —continuó Ir-
cio—. Y tiene su origen en la discordia entre los tribunos
de la plebe, Dolabela y Trebelio, y en la incapacidad de
Antonio de poner freno a las bandas encabezadas por
uno y otro. Dolabela vuelve periódicamente a proponer
leyes que en la práctica cancelan las deudas. Nadie duda
de que lo hace en su interés, dado que está acosado por
los acreedores. Pero, entre tanto, el pueblo está con él, y,
por consiguiente, disfruta de un amplio apoyo. Trebelio
se le opone abiertamente, y los medios para ejercer la
oposición se los proporcionan sobre todo los patricios
que tienen cuentas por cobrar.

»Antonio se mantiene un poco al margen, en el temor
de descontentar al pueblo si se alinea con Trebelio y a los
senadores si toma partido por Dolabela. Y mientras, se
hace reprobado por su conducta: gasta el dinero de sus
conquistas organizando fiestas y bacanales, se presenta
a menudo borracho en el Senado y en el foro. Parece que
incluso vomitó delante del pueblo, después de haber
participado en el festín nocturno por la boda del mimo
Hipio. Ha hecho abatir la casa de Pompeyo, que se había
hecho asignar por el Senado, porque la consideraba de-
masiado pequeña para él, y la está reconstruyendo más
grande. Ha prohibido a los romanos que lleven armas
en la ciudad, pero no se preocupa de hacer respetar sus
propias disposiciones. Sobre todo, de noche, pero tam-
bién en pleno día, en el foro, hay riñas y tumultos, y
siempre hay alguien que acaba muriendo.

»Y eso no es todo. Antonio se rodea de lictores don-
dequiera que vaya, y no abandona la espada ni siquiera
durante sus fiestas. Se deja ver por ahí acompañado por
pelotones de soldados. Se las da de rey, y esto al pueblo

no le gusta. Todos piensan que tú también cambiarás de actitud cuando estés en Roma, y como él, abandonarás los buenos propósitos y te comportarás como un soberano. La gente tiene miedo. Nuestros agentes detectan un fuerte descontento: la adhesión de la ciudadanía al régimen de Antonio es solo aparente, y los más timoratos se limitan a no manifestar su desacuerdo por miedo a ser detenidos, mientras que otros se convierten en delinquentes, seguros de su impunidad.

»Poco antes de que partiera, la situación había degenerado tanto que Antonio ha debido intervenir militarmente. Dolabela había hecho el enésimo anuncio sobre la cancelación de las deudas y los arrendamientos. El pueblo se ha sublevado en su favor y se ha reunido en el foro, erigiendo barricadas y torres de madera. Han permanecido atrincherados durante tres días, mientras Dolabela redactaba sus miserables leyes protegido por los propios secuaces. ¡Inaudito! ¡La zona más importante de la ciudad sustraída a la autoridad constituida! Primero, los defensores de Trebelio intentaron asaltar las barricadas, lo que provocó aún más muertos. Luego Antonio trató de hacer razonar a los rebeldes, pero sin resultado. Al final, fue a coger cinco cohortes fuera de los muros y se abrió un paso a la fuerza. Ha despedazado, delante de todos, las tablas de las leyes redactadas por Dolabela y ha hecho arrojar desde la Roca Tarpeya a los más facinerosos...

—¿Y por qué ha empleado tres días en resolverlo?

César continuaba observando los últimos retales de la masacre realizada por sus legionarios.

—Este es otro aspecto del problema. También las legiones acuarteladas junto a las ciudades itálicas están

alborotadas. Están cansadas de esperar y también ellas temen que no mantengas tus promesas. Quieren el triunfo y el licenciamiento, y sin duda hay quien fomenta su mal humor. Emisarios de los pompeyanos, está claro, enviados desde África para provocar desgracias. En Campania, parece que estallará una revuelta de un momento a otro. En la Urbe, además, la calma no ha vuelto ni con la intervención de Antonio en el foro. Apenas se ha corrido la voz de que te habías embarcado en otra guerra aquí, en Asia, todos han dado por supuesto que sería larga y difícil, y han vuelto a las disputas convencidos de su impunidad.

—Y, en cambio, he venido, he visto y he vencido... —dijo César con satisfacción. Hizo señas a uno de los *beneficarii* que lo rodeaban para que cogiera el punzón y escribiera sobre la tablilla encerada—. Redactemos una carta para Mitrídates de Pérgamo: «Noble Mitrídates: Nunca acabaré de agradecerte las tropas que me has enviado a Egipto y la ayuda que me has proporcionado en la batalla de Pelusio. Quiero manifestarte mi gratitud asignándote el reino de Farnaces del Ponto, a quien acabo de derrotar en Zela. Además, puesto que considero que se te hizo una afrenta cuando, en su tiempo, el Senado asignó a Deyótaro la Galacia oriental, tuya por derecho de sucesión, decretaré que te sea devuelta». Añadid los saludos de rigor y que lo veré pronto...

»Y con esto, ese viejo intrigante y chaquetero de Deyótaro queda eliminado... —comentó complacido.

—César..., estábamos hablando de Roma. Tu regreso es urgente —se permitió Ircio.

—Mi intención, en verdad, era desplazarme a Sicilia para zarpar directamente hacia África, con las legiones

acuarteladas en Campania como primer contingente de invasión. Pero me doy cuenta de que antes debo asegurarme de que los soldados combaten por mí con la misma determinación de siempre. Y luego, por lo que me dices, creo en verdad que tendré que pasar al menos por Roma...

Luego se dirigió a los secretarios.

—Ahora escribamos otra carta. Esta es para Ariobarzanes de Capadocia. «Noble rey, estoy seguro de que sabrás merecerte el perdón que te concedí después de haber derrotado en Farsala al rebelde Pompeyo, a quien habías decidido apoyar. Y estoy tan convencido de ello que deseo tranquilizarte respecto de la Armenia menor. Me hago garante yo mismo, en calidad de supremo representante del poder de Roma, de su pertenencia a tu reino, y me empeño en rechazar cualquier pretensión por parte de Deyótaro de Galacia.» Saludos de rigor, etcétera.

De nuevo, después de echar un rápido vistazo al campo de batalla, miró a Ircio.

—Hazme un informe sobre las fuerzas enemigas en África.

Ircio era un maestro en recabar información. César daba por descontado que ya la tenía.

El asistente se aclaró la voz. No había nada que le gustase más.

—Si esto puede consolarte, el jefe de la coalición es Metelo Escipión. En un primer momento el mando se le había ofrecido a Marco Porcio Catón, pero ya lo conoces..., constitucionalista hasta el final: lo ha cedido al suegro de Pompeyo, que lo supera en méritos y títulos militares. Pero Actio Varo está descontento: en calidad

de gobernador de la provincia, contaba con ser el comandante. Por no hablar de Juba: el rey nómada es intolerante con quien sea, y trata a todos como sus subalternos.

—Las fuerzas. Pasemos a las fuerzas.

—Sus fuerzas son tan considerables que corre el rumor de que quieren invadir Italia. Es más, parece que ya han llevado a cabo incursiones en Sicilia y en Cerdeña. Por otra parte, su flota suma poco menos de un centenar de naves. En cuanto a las fuerzas terrestres, Escipión dispone de diez legiones, ocho establecidas en Útica, su base operativa, y dos en Adrumeto, al mando de Cayo Considio Longo. Juba ha encuadrado su infantería pesada en cuatro legiones, armadas a la romana. Además, proporciona ciento veinte elefantes adiestrados para la guerra, al menos veinte mil infantes mal armados y otros tantos jinetes. No ha sido difícil obtener estas informaciones: les interesa que corra el rumor de que son fuertes, para incidir sobre la moral de sus tropas, quebrantar la confianza de la población respecto de ellos y convencer al mundo romano de que César está muy lejos de ser su amo.

César suspiró.

—Ya lo había dicho yo que Farsala iba a ser la victoria de un día si no capturábamos a todos aquellos que tuvieran algún motivo para guardarme rencor. ¿Las tropas se lamentan? Sabían que la guerra no había terminado en el momento mismo en que Pompeyo huyó y todos los demás jefes se libraron de la captura. ¿Los ciudadanos quieren la paz? ¿Los soldados quieren el licenciamiento y los premios? Lo tendrán, pero solo si me ayudan a poner fin a esta guerra y a reformar el Estado. Que

me consideren también el amo del mundo romano: yo sé que soy solo su principal servidor. Escribamos una carta al pretor Cayo Salustio Crispo. Quiero que vaya de inmediato a donde están las tropas en Campania y aplaque la sedición con vistas a mi llegada y a la campaña en África...

A Aulo Ircio no le gustó la referencia a Salustio. Como Asinio Polión, también el pretor era un excelente escritor. Y cualquiera que socavase un papel en el que se consideraba insustituible atraía irremediablemente su desprecio. Además, al contrario de Polión, que era un hombre recto, Salustio era un chanchullero nato, y aprovechaba cualquier ocasión para enriquecerse, en manifiesto contraste con la moralidad que destilaban sus escritos. Con gran espontaneidad, cambió de tema.

—Hay también otro problema, del que seguro que habrás tenido noticia —dijo, complaciéndose de poder hablar mal de otro colaborador de César—. Hispania está en grave peligro, después del desastre que ha hecho Quinto Casio Longino como propretor, dañando tu nombre. Como sabrás, ha muerto en un naufragio, por desgracia solo después de haber hecho destrozos difícilmente reparables. Su sustituto, el procónsul Cayo Trebonio, lo tendrá complicado, con una provincia desangrada por los pesados tributos y sacudida por la rivalidad entre sus departamentos, algunos de los cuales han llegado a poner en el escudo el nombre de Pompeyo Magno... Si Pompeyo hijo decidiera llevar la guerra a la península Ibérica, creo que encontraría un terreno fértil...

—Un problema a la vez. Escribamos también a los reyes mauritanos Bogud y Boco, que se preparen para aco-

gernos y sostenernos en África y que armen una infantería pesada que oponer a la de Juba...

—Eh... Creo que Bogud está aún en Hispania. ¿Recuerdas? Habías ordenado a Casio Longino que trasladara tropas a África para preparar tu campaña y presionar a tus adversarios. En cambio, hacia el final de su mandato, el propretor estuvo tan ocupado afrontando conjuras y revueltas que no solo nunca se trasladó a África, sino que incluso ha llamado a Bogud en su apoyo...

Luego Ircio, por fin, calló. Esperaba que César volviera a ser César.

César respiró hondo. Solo en aquel momento se dio cuenta de cuánto le habían costado los meses de reposo que se había concedido en Egipto junto a Cleopatra. La rebelión en Hispania, el reforzamiento de la oposición en África, sediciones entre el ejército en Italia y desórdenes en la Urbe. Y no había un colaborador capaz de ponerle remedio: debía pensarlo todo él, en primera persona. Desde los tiempos de la colaboración con Tito Labieno, ya no había encontrado un subalterno que pudiera sustituirlo con la misma eficacia. En África había fracasado Curión; en Hispania había fracasado Casio Longino; por mar habían fracasado Cayo Antonio y Dolabela, y, por último, Marco Antonio gestionaba de manera discutible el gobierno de Roma.

No bastaban sus victorias. Por todas partes, debía acudir para corregir los errores de sus subordinados. Se preguntó cómo habría ido la guerra si hubiera tenido consigo a Tito Labieno. Pero quizá, sin su deserción con-

certada, habría perdido irremediablemente en Dirraquio y no habría vencido en Farsala...

Luego recordó a Cleopatra. Una vez Servilia, su antigua amante, le había preguntado si aún encontraba tiempo para abandonarse entre los brazos de alguien. Le había respondido que eso ya no lo contemplaba, un poco porque no lo consideraba necesario, un poco para hacerle entender que ahora ella no estaba en condiciones de satisfacerlo. Pero con Cleopatra había redescubierto el valor de algunos instantes de serenidad. Por primera vez en una década, se había detenido y había disfrutado de un placer no solo momentáneo, no solo físico. Como en los tiempos de Servilia, se había concedido largas horas sin pensar más que en la mujer que tenía enfrente. Como en los tiempos de Servilia, había alternado con la reina momentos de pasión e intercambio de opiniones, se había abierto y abandonado a los pensamientos más íntimos, tratando a su compañera como una amiga, además de como una amante.

Y se había percatado de que era útil. Una vez fuera de Egipto, se había sentido más fuerte, como si aquellas vacaciones le hubieran permitido recuperar las energías consumidas en las largas luchas que requería la realización de sus ambiciones. No sabía, ni nunca sabría ya, cómo habría sido si después de Farsala hubiera ido de inmediato a África. Lo que sabía seguro era que, ahora, se sentía de nuevo listo para afrontar los desafíos que lo esperaban.

Llegó al galope un pelotón de germanos de su guardia de corps. A su cabeza estaba Ortwin. Ese germano, se dijo César, era lo más parecido a Labieno que tenía a su disposición. Fiable, fiel, valiente, hábil y dinámico,

combatía sin poner nunca en discusión sus órdenes y sin olvidar el objetivo que se le había asignado. Siempre se había expuesto en persona resolviendo las situaciones más espinosas: en las Galias, apoyándolo cuando era asediado; en Corfinium, expugnando un puente y salvándole la vida, e incluso en Farsala, guiando el contraataque de la caballería.

Si no hubiera sido un bárbaro, le habría confiado tareas de muy distinto nivel. Pero debía tener en cuenta la opinión de los biempensantes y de los oficiales más conservadores, que apenas toleraban a un extranjero al mando de cualquier cosa que no fuera una unidad auxiliar. También esto cambiaría, se dijo, cuando ya no necesitase adular a la gente para consolidar su poder. Un día, Roma sería guiada solo por los hombres de mayor valor y de más grandes capacidades, sin discriminaciones ligadas a la clase o a la nacionalidad. Un día, incluso el Senado tendría a extranjeros entre sus filas.

—Dictador, el rey del Ponto ha conseguido evitar que lo capturen. Por desgracia, ha sido de los primeros en abandonar el campo de batalla... —dijo el germano, acercándose a su comandante.

Si lo decía Ortwin, era verdad. César se encogió de hombros.

—No pasa nada. Antes de partir de Alejandría, hice un arreglo con el sátrapa del Bósforo, Asandro, para que lo traicione. Pronto tendré su cabeza. Aquí hemos terminado. Ha llegado el momento de volver a casa. Partimos mañana mismo para Bitinia y, desde allí, para Grecia y luego para Italia. Pararemos en las ciudades solo el tiempo necesario para recoger todo el dinero posible. Los soldados, en Italia, tienen razón al quejarse: dos son las

cosas que crean, mantienen y acrecientan a los potentados, es decir, los soldados y el dinero. Dos cosas estrechamente interdependientes... —dijo, encaminándose hacia la tienda pretoria.

Echó un último vistazo hacia el campo de batalla. La colina opuesta ya estaba cubierta de cadáveres. Algunos legionarios, saciados de sangre, estaban ya de vuelta; otros se encarnizaban con los pocos supervivientes y había otros que aún se dispersaban por el campamento enemigo en busca de botín. Se dio cuenta entonces de que era la primera vez que observaba el final de una victoria campal a plena luz del sol. De costumbre, empleaba más tiempo para vencer al enemigo: recordaba haber asistido a docenas de persecuciones entornando los ojos para enfocar las siluetas de los soldados, vueltas indistintas por la luz incierta del ocaso. Esta vez, en cambio, entornaba los ojos para protegerse de la luz cegadora del sol cercano al cénit.

Sí, los dioses habían sido una vez más benévolos. Como Sila, también él podía decir a la perfección que era un predilecto de la Fortuna. Pero Sila había sido un necio, porque había dejado el poder en el apogeo de su éxito.

Él no iba a cometer el mismo error.